

Liliana Bodoc
Rojo, amarillo y negro

Ilustrado por Leicia Gotlibowski



Descubrimiento de pinturas rupestres en la cueva de Altamira, y rechazo de la ciencia oficial hasta varios años después de la muerte de su descubridor. Últimos años del siglo XIX, Santander, España.

—Se nos murió don Marcelino, mire qué pena. El buen don Marcelino, tan loco. Quién lo iba a decir, todo un señor de hacienda y con la cabeza al revés.

—¡Y qué hacienda! Una preciosidad la Altamira.

—Ojalá allá arriba se le quite el peso de la locura , y se deje de andar hablando de hombres monos que dibujaron animales en la cueva del barranco.

—Así sea.

—Eso sí, para loco, de remate. Cualquiera sabe que esas cosas, si han de suceder, suceden lejos de donde uno vive. Pero si esto lo conoce uno como la palma...

Texto © 2005 Liliana Bodoc. Imagen © 2005 Leicia Gotlibowski. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

—Que esté en la gloria.

Marcelino Sautuola murió cuando terminaba el siglo diecinueve, en una hacienda de Santander. Cerrada para el mundo la entrada de la cueva en la que, años atrás, había encontrado dibujos de bisontes pintados en tres colores.

—Como le digo, el finado decía que los monos pintaban mejor que maestro de escuela. Muy de rojo, y de amarillo azafrán y de negro; tal cual este luto que llevamos por él. En paz descanse.

Marcelino Sautuola murió loco. O por lo menos, más loco que viejo. Y más triste.

Todo había empezado nueve años antes, cuando don Marcelino era un señor de hacienda con la cabeza al derecho.

Santander es una tierra de cavernas, pasadizos y cuevas que se disimulan entre grandes rocas de cal.

Una de esas cuevas, oculta en el fondo de un barranco, era parte de la hacienda de Altamira, propiedad de Marcelino Sautuola quien, por afición a las nuevas ciencias, decidió recorrerla. La cueva se enredaba en tres largas galerías. Una de ellas de techo muy bajo. Tan bajo que don Marcelino estaba obligado a moverse agachado, casi de rodillas.

—¡Y ya estaría mal para ese entonces! Porque mire que andar a gatas todo un señor.

Don Marcelino iba todas las tardes a la caverna y la andaba despacio, hurgando en cada grieta. Ya casi había terminado con la galería baja, sin encontrar más que algunas piedras en forma de hojas de laurel.

—Y él, emperrado en que eran puntas de flecha.

Una tarde de esas, Sautuola llegó hasta la cueva con su hija. La misma María que encabezaba el entierro, lo siguió aquel día por las vueltas de la piedra, a la luz de una lámpara.

Marcelino avanzaba agachado, sin detenerse en los lugares conocidos. Detrás iba su hija, tan chiquita que podía entrar de pie y con espacio sobre la cabeza.

—Tantito así del suelo, la chiquitina. Y usted, don Marcelino, qué poco seso. ¡Entrar con la criatura a semejante oscuro! La cabeza en su sitio, hombre.

A no hablar frente a la niña de monazos que tiran flechas, que después la tenemos con pesadillas.

María con espacio sobre la cabeza, de a pasitos cortos y entretenidos, se fue demorando. Entonces hizo lo que su padre no había podido, porque era un hombre muy alto que sólo podía andar agachado por la cueva: miró para arriba. Desparramadas por el techo, y apenas alumbradas por la lámpara que avanzaba, María vio figuras de colores.

Corrió hasta don Marcelino para contarle que había dibujos bonitos allá encima. Sautuola volvió sobre su camino de mala gana, creyendo que el asunto era algo entre el susto y la buena imaginación. Pero cuando llegó y consiguió acomodarse para mirar el techo, pudo ver lo que no había alcanzado a soñar. Alguien que sabía trazar había dibujado animales severos, orgullosos de sus tres colores. Revisó trabajosamente todo el techo de la galería: eran doce bisontes echados sobre sus patas, dos caballos, un lobo y tres ciervos.

Don Marcelino temía que fuera un engaño de esos que le venían con el cansancio. Don Marcelino no podía creer lo que veía porque don Marcelino estaba empezando a entender —era hombre de ciencia en los ratos de ocio— que esos bisontes llevaban más de diez mil años echados a la sombra.

Cuando salieron de la cueva era de noche, y Altamira parecía más bella con su viejo secreto.

—¿Que si lo recuerdo? Desde ese punto se nos puso lunático. Un puro decir cosas extravagantes, y mirar para el lado de la cueva como si allá se le hubiese quedado el corazón.

El señor Sautuola buscó a todos los sabios de Europa y les describió las pinturas con sus colores. Los llevó para que vieran por sí mismos, y esperó que se les llenaran los ojos de lágrimas frente a aquellos viejos bisontes. Esperó inútilmente.

Los sabios movieron la cabeza y se pusieron de acuerdo. Falso, jamás había pasado por allí un pintor de otras Edades. En todos los idiomas dijeron inexacto, afirmaron irracional, sentenciaron estafa.

—Ya ve, don Marcelino. No es que lo diga una, que ni lee de corrido. Olvídense de esos mamarrachos y ocúpese de lo suyo: la hacienda y la niña.

Años pasó don Marcelino buscando quien le creyera que la cueva de Altamira guardaba dibujos más viejos que la historia. No pudo encontrarlo. Las lupas de Europa se volvieron sobre él con el ceño fruncido. Por fin, cuando la ciencia se llevó un dedo a los labios, don Marcelino se quedó callado.

Tapó la entrada de la cueva con grandes piedras y no habló nunca más de bisontes echados sobre sus patas. Pero tampoco le duró la vida. Sentado en una mecedora, frente a la ventana, repartió su agonía entre el amarillo de los girasoles, el rojo de allá y los ojitos negros de María.

Más loco que viejo. Más triste que loco.

—¡Qué cruz, don Marcelino! ¡Qué cruz eso de andar soñando contra el viento!